zas físico-químicas *que carecen en absoluto de conocimiento* no sólo *intelectual*, como el del hombre, sino incluso meramente *sensitivo*, como el de los animales.

a) La lluvia que fecundiza las plantas

1 Hechos de experiencia. En la cima del monte brota una planta; sin agua se muere. Pero el agua está muy lejos; sería antieconómico ir a buscarla a donde abunda: a los ríos o al mar; aparte de que el agua del mar no sirve para el caso, porque cargada, como está, de sales, es incapaz de atravesar por ósmosis, la membrana semipermeable de las células vegetales.

Pero los rayos del sol que inciden sobre el mar tienen la facultad de romper la cohesión de las moléculas de la superficie; crece entonces la velocidad de éstas, que, desprendiéndose de las sales, huyen de la capa superficial; la fuerza ascensional del aire las eleva en forma de vapor; y como a las capas superiores de la atmósfera, que es diatemana, apenas llega el calor que la tierra recibió del sol y emite después por irradiación, esas moléculas de agua, allá arriba, se enfrían, se condensan o pasan al estado líquido y forman las aglomeraciones opacas que llamamos nubes y que, por su resistencia al viento, son arrastradas por éste hacia el interior de la tierra.

Cuando estas masas llegan a las regiones montañosas, se ven obligadas a ascender y dilatarse más; así se siguen enfriando; con eso aumenta progresivamente la condensación del vapor de agua que siempre existe en la atmósfera, crecen de tamaño las gotas y caen formando la lluvia.

Ya tenemos allí el agua gratis para el servicio de la planta. Esta agua, al correr por la tierra, disuelve los compuestos del suelo y es absorbida por las raíces e incorporada a la economía vegetal.

2. Teleología de este proceso. No se puede negar que en todo este proceso que se acaba de describir hay orden y un fin.

1° Se intenta algo.

2° Se conocen y movilizan los medios más eficaces.

3° Las propiedades e influencias de estos medios se adaptan maravillosamente al fin buscado.

Pero intentar un fin y disponer los medios para conseguirlo supone un entendimiento que, en nuestro caso, no puede ser el del hombre, sino el de un Ser superior al hombre que llamamos Dios. Luego existe Dios.

b) LA CONSTANCIA DE LA MEZCLA ATMOSFÉRICA

Otro caso maravilloso de teleología, de orden físico-químico, nos lo ofrece la proporción constante, tan adecuada a los pulmones y traquea de los animales y a la fisiología vegetal, que en el aire guardan siempre sus componentes; a pesar de que no sólo el oxigeno, por la respiración, fermentaciones, etc., sino también el nitrógeno, fijado por las bacterias del suelo labrantío y sustraído por las descargas eléctricas... está en continuo proceso evolutivo.

Con todo, la composición del aire siempre es la misma y la única apta para que respiren los seres vivos.

3 La finalidad en la vida vegetal y animal

a) La fotosíntesis vegetal

21. I. Hechos de experiencia. El mundo está poblado de seres vivos; se conocen casi tres millones de especies vegetales y animales; y como cada especie tiene, en general, millones de individuos, el número de seres vivos en el mundo es de muchos billones.

a) Purificación de la atmósfera. Todos los seres vivos respiran, es decir, toman del aire el oxígeno y devuelven al aire bióxido de carbono. Naturalmente que, si el aire quedara así, a los pocos días se haría irrespirable, como el aire de un salón cerrado con muchas personas dentro, y todos los seres vivos morirían por asfixia.

¿Cómo renovar este aire? El de un salón se renueva abriendo las ventanas. Pero nuestra atmósfera es un sistema cerrado sin intercambio gaseoso con el exterior; imposible renovarla; hay que proceder más bien a purificarla. ¿Y es posible estar purificando todos los días masas considerables de aire?.

En efecto, esos seres que nos parecen tan triviales y de los que nadie se cuida, ni poco ni mucho, las hojas y, en general, las partes verdes de las plantas, toman por su cuenta esta función de tanto interés para el presente y el futuro de la vida en nuestro planeta.

Las hojas, estructura tan complicada que ningún biólogo es capaz de fabricarlas en su laboratorio, ni siquiera de entenderlas, absorben por los estomas del envés el aire

cargado de bióxido de carbono; y, bajo el influjo de la luz solar, que es absolutamente necesaria, por un proceso misterioso que la ciencia todavía no ha podido averiguar y que quizá nunca averigüe, lo descomponen; se quedan con el carbono para fabircar sus compuestos ternario, indispensables para la vida vegetal, y devuelven el oxígeno a la atmósfera, que así queda purificada.

b) MISTERIOS EN EL SILENCIO Y SOLEDAD DE LOS CAMPOS. Notemos que, siendo el bióxido de carbono, lo mismo que el agua absorvida por la raíz y que se encuentra con aquél en el espesor de la hoja, de gran equilibrio estático:

1° No se ha podido descomponer en los laboratorios sino después de muchos siglos de progreso.

2° Con aparatos apropiados.

3° Y mediante un gran consumo de enegía, equivalente a la que desarrollaron al formarse.

Con todo esto, la hoja

1° Sin otras máquinas ni instalaciones que sus parénquimas y sus diminutos cloroplastos.

2° Sin más energía que la luz solar.

3° A la temperatura y presión ordinarias.

4° En medio de ese silencio y soledad impresionantes de los campos.

5° Y desde que hay hojas en el mundo, se encarga de esta operación, tan trascendental que de ella depende el aliento vital de todos los seres vegetales y animales.

Ni sólo esto, sino que con el carbono sobrante y el hidrógeno del agua que sube por las raíces, los granos de clorofila fabrican las sustancias orgánicas que, conduci-

das por la savia a las células, son transformadas en los elementos constitutivos de la planta, suben al piso orgánico y adquieren así esa intríncadísima y armónica complicación que sólo los sabios, a fuerza de estudio y técnica, y en los últimos siglos, han podido, a medias, descubrir y aún no han llegado a entender.

Tal es la actividad de los cloroplastos, que, en una hora de trabajo y por el influjo de la luz solar, fabrican sustancia orgánica para treinta horas de consumo.

Y así resulta que esos minúsculos granos de clorofila no sólo suministran respiración a todos los seres vivos, sino también alimento.

Por eso, ni el mundo vegetal ni el animal podrían subsistir si se declararan en huelga, por sólo unos días, esas incontables fábricas de fotosíntesis, como son las hojas que forman los bosques, los valles, las praderas, las huertas y las avenidas y jardines de pueblo y ciudades.

2 El autor de los granos de clorofila. Sobre este hecho podemos, como antes argüir, con este orden admirable y dinámico:

1° *Algo se busca:* aquí resplandece un *plan,* una *tendencia teleológica.*

2° Que coordina y pone en juego *muchos elementos,* lo mismo la partícula de aire que el rayo de luz, como medios para asegurar la respiración y nutrición de los seres vivos.

Por *intentar un fin* y disponer los *medios* para conseguirlo supone un entendimiento, y en nuestro caso no es el del hombre, que comenzó a existir mucho después que

los granos de clorofila. Luego ese entendimiento es el de Dios. Es decir, que existe Dios.

3. Absurdos materialistas. Si no existiera un entendimiento y poder superior, la hoja debería su estructura y mecanismo a la tierra, al agua, al sol... No digo el germen de la planta porque nuestro planeta fue, un tiempo, astro incandescente incapaz de albergar cualquier germen vital. De modo que éstos, si no fueron creados, proceden, en definitiva, del suelo.

Y, como decíamos antes, se sigue entonces, con férrea consecuencia, que un terrón de tierra tiene, desde el principio del mundo, más talento y espíritu de observación que Linneo, porque produce protoplasmas vivos, cuya constitución, que nadie entiende, el sabio sueco se limitó a descubrir.

b) EN EL REINO SENSITIVO

22. I Hechos de experiencia. El mundo sensitivo es pródigo en ejemplos de orden y teleología. Mejor dicho, todo el reino animal es la más alta representación del orden y teleología del universo. Escojamos algunos casos de los muchos que espontáneamente se ofrecen.

a) LA RADIOEMISIÓN DE LOS CRUSTÁCEOS. Existen unos crustáceos que, puestos a distancias inmensas, se encuentran infaliblemente, alejados más aún, se vuelven a encontrar.

De modo que, cuando el hombre vivía en las cavernas sin otros medios de comunicarse con sus semejantes que

los gritos, estos crustáceos con sus antenas, y a través de mares inmensos, emitían y recibían ondas con que se relacionaban a distancia, como hacemos nosotros por medio de nuestros aparatos emisores y receptores.

b) LAS MATÉMATICAS DE LAS ABEJAS. La abeja resuelve el problema de construir una celdilla tal, que con la menor cantidad de cera admita la mayor cantidad de miel. Reamur lo descubrió hace dos siglos, aplicando algoritmos del cálculo infinisimal, descubierto por Leibnitz.

Mas lo curioso fue que los sabios, al hacer por primera vez el cálculo, se equivocaron; y la abeja, sin cálculo, sin estudio, no se equivocaba. ¡Y era allá por los años en que aún no habían nacido Reamur, Leibnitz ni Pitágoras!

Tan curioso fue este descubrimiento que no nos resistimos a contarlo.

Reamur, el famoso físico introductor de la escala termométrica que lleva su nombre, sospechando lo que en efecto sucedía, propuso a sus compañeros el siguiente problema. ¿Qué angulos hay que dar a los rombos de la base de una celdilla, de sección hexagonal, para que, siendo la superficie mínima, la capacidad sea máxima?.

König aplicó la teoría de máximos y mínimos del cálculo infinitesimal y halló, para el ángulo agudo de rombo, una amplitud de 70º 34', naturalmente el obtuso tenía que ser complementario de aquél.

Medido el rombo de las celdillas de las abejas, encontraron constantes sus ángulos, y el agudo era de 70º 32'.

¡El animalito se equivocaba en la insignificante cifra de dos minutos de grado!

Pero al poco tiempo naufraga un barco en el litoral francés; el accidente se debió a un error en la apreciación de la longitud. Piden responsabilidades al capitán, que tranquilamente presenta sus cálculos, bien hechos. Desorientación. La causa había que buscarla en otra parte.

En una palabra, repasadas y estudiadas las operaciones, encontraron una errata en la tabla de logaritmos, que marcó su impronta en el cálculo de la longitud.

Corregido dicho error, König volvió sobre el problema propuesto por Reamur, que dio para el ángulo agudo del rombo de la base 70° 32'.

Se equivocaron los sabios matemáticos, pero la abeja no se equivocaba y construye una cendilla tal, que con el menor gasto de cera admite la mayor cantidad de miel.

c) Cordones luminosos y giroscopios. Un pez es más complicado, más ágil y más seguro que un submarino; como una mosca más que un avión. De un submarino o de un avión conoce el técnico todas las piezas, una por una; de un pez o de una mosca lo ignoramos todo.

¿Quién comprende, por ejemplo, la estructura y mecanismos de esos *condones luminosos* que, con admirable finalidad, poseen algunas especies de fisóstomos que viven a tres mil metros bajo la superficie del agua?

¿Y esos *giroscopios,* con centenares de vueltas por segundo que posee una mosca bajo sus alas y que le permiten aterrizar, en posición inversa, sobre la punta de un afiler?.

d) EL RADAR DE LOS QUIRÓPTEROS. Hay quirópteros que, sin vista por haber sido privados de los ojos, y entre

una malla bien compacta de alambres, vuelan sin tropezar en ninguno.

Es decir, que mucho antes de que el hombre inventara el radar, estos animalitos ya sabían manejar perfectamente el radar, porque cada uno es un *radar viviente.*

e) EL LABORATORIO DE LAS AVES. La clara y yema de gallina apenas se distingue de la clara y yema de pato. Perfectamente encerradas en un cascarón de carbonato de calcio, no hay más que someterlas, durante unas semanas, al calor.

Y dos sustancias aparentemente iguales dan dos animalitos tan distintos como un pollo y un pato.

Y aquella clara y aquella yema se convierten en carne, hueso, sangre... en epidermis que defiende, en ojos que ven, en corazón que palpita, en sistema nervioso que siente...

La industria humana, no a ciegas, sino valiéndose del entendimiento y de otras facultades, ideó máquinas, buscó materias primas, aplicó la técnica moderna y así llegó a producir clara y yema para hacer tortilla o crema; pero de ningún modo para sacar pollos ni patos.

Así podríamos seguir; pero los casos son incontables.

2 Lo que no hacen las fuerzas inconscientes. Si todos estos seres trabajan a ciegas, es decir, sin intervención de ningún entendimiento, como quieren los materialistas; si la única causa de estos fenómenos tan soprendentes son las fuerzas ciegas e inconscientes de la naturaleza, llámense crustáceos, quirópteros, átomos o como se quiera; entonces hay que admitir que estos agentes

irracionales, sin saber lo que hacen, *por casualidad* y desde el principio del mundo se adelantan en ingenio, facilidad, exactitud y éxito a la ciencia y a la industria humana del siglo XX.

3. Lo que harían las fuerzas inconscientes. Pero veamos en qué paran esas fuerzas naturales cuando ocasionalmente funcionan al margen de sus condiciones instintivas ordinarias.

Cultivadas las células epiteliales durante algún tiempo y separadas del animal a que pertenecen, se colocan en forma de mosaico, como para cubrir una superficie. Y, sin embargo, falta la superficie que hay que cubrir.

Los leucocitos, recluídos en los frascos de un laboratorio, devoran furiosamente microbios y glóbulos rojos, aunque entonces no haya organismo que defender contra los microbios.

Aun los animales de instinto más asombroso ignoran por completo la correlación de los medios con el fin. Si hacemos un agujero en el piso de la celdilla de una abeja, el himenóptero, tan hábil para labores más difíciles, no se cuida de taparlo con cera; y por allí se le va toda la miel.

La araña, encerada en una caja de vidrio, teje su red tan maravillosa como inútilmente; porque en la caja no hay moscas que cazar con la red.

La gallina, aun sobre roca viva, escarba como si fuera a encontrar algo allí.

El turón corta las alas al pájaro para que no se le escape; pero si el pájaro está muerto, se las corta también.

El castor, en cautividad, aunque tenga un lecho bien

mullido, recoge pajas y astillas para hacerlo como cuando vivía libre en las riberas del río.

El oso, cuando tiene hambre, saquea las colmenas silvestres y rompe los panales para saborear con fruición la miel. Le importa un ardite el enjambre que se le posa en el lomo, pues su fuerte piel lo defiende del aguijón. Pero a veces, alguna abeja entra en su oído y allí le pica. El oso enloquece del dolor y corre desesperado dando gruñidos, sin que se le ocurra jamás la solución fácil de taparse con tierra o con hojas las orejas.

Y en las mismas condiciones así se comportan todos los individuos de la especie. No se gobiernan por su inteligencia, que no la tienen, sino por su instinto, que, a pesar de ser misterioso y admirable y de estar muy por encima de las fuerzas puramente materiales, produce los efectos tan disparatados que acabamos de describir cuando se le desvía de un ciego mecanismo normal.

¡En qué hubiera parado el mundo regido por fuerzas ciegas e inconscientes!.

4 Si lo normal fuera el desorden. Si en vez del orden que contemplamos viéramos todo lo contrario: el desorden y lo inopinado. Si al tirar piedras unas cayeran y otras no.

Si el mar entrara y saliera por la costa y subiera y bajara por las montañas, al azar.

Si las estrellas aparecieran cada día por un sitio distinto y el sol saliera cuando menos se esperara, o no apareciera.

Si de los cocoteros brotaran unas veces cocos y otras toronjas o piñas.

Y los animales nacieran lo mismo con una que con dos cabezas o con ninguna....

En una palabra, si los efectos fueran siempre anárquicos, casuales, como es la carta que un jugador saca a ciegas en una baraja o el premio mayor de la lotería, entonces aquellos efectos podríamos atribuirlos a fuerzas ciegas o inconscientes, al azar.

Pero vemos lo contrario: fenómenos ordenados que buscan un fin y que tienden a atajar en seguida cualquier desviación para restablecer el orden y consolidar el fin; procesos constantes y previsibles que nos permiten, al tenerlos en cuenta, disponer de antemano y prevenir nuestras ocupaciones.

Vemos leyes fijas y maravillosas; y por doquiera y siempre el orden, el ritmo, la armonía, la forma, la belleza, todo en sucesión, irrestañable y conspirando a un fin, que es el bien del universo....

¡Imposible que todo eso tenga por causa el azar!.

4. La finalidad en la correlación de las funciones fisiológicas.

23. I. Hechos de experiencia. *Función* para nosotros ahora es lo mismo que actividad o dinamismo de los órganos y aparatos que constituyen el elemento somático de un ser vivo.

La *función* es el *fin* del órgano; el órgano es para la función, que no existe sin el órgano; y la función a que el órgano está destinado da razón de su estructura macroscópica y microscópica.

Correlación es la conspiración armónica de varios

órganos y aparatos a una actividad más compleja del ser vivo.

Esta correlación funcional nos ofrece bellos ejemplos de la existencia de Dios.

Pongamos uno.

a) LA FUNCIÓN GLUCOGÉNICA. Tenemos en nuestro organismo una glándula, la mayor, llamada el *hígado*. Su complicación, como la de cualquier otro órgano, trasciende la ciencia humana; y la variedad de sus funciones indica su rica contribución a la economía orgánica. Una de ellas es la *función glucogénica.*

Los alimentos hidrocarbonados se transforman, por la digestión, en glucosa, que por la vena porta el hígado acapara. Esta glucosa es fácilmente alterable; y como si el hígado lo supiera, la transforma en otra sustancia misteriosa que llamamos glucógeno. Y así la guarda hasta que llegue el momento de dársela a la sangre, convertida de nuevo en glucosa; pues la glucosa se quema en los tejidos como principio energético de nuestras actividades vitales.

Aclarémoslo con un ejemplo. Una tonelada de petróleo es capaz de producir un trabajo, o sea, tiene energía potencial: la acumuló allí el sol, fuente máxima de energía para toda la tierra, cuando se formaron, en los períodos geológicos, aquellos seres orgánicos que dieron origen al petróleo.

Esa energía potencial del petróleo, movilizada por el motor de explosión de una máquina, se convierte en energía actual y la máquina trabaja.

Lo mismo pasa con nuestro organismo: la energía que

el sol almacenó en la glucosa cuando ésta se formó en las hojas de la planta, es movilizada por las células y convertida en energía actual, que utilizamos para movernos, para andar, para trabajar....

b) El piso del cuarto ventrículo. La sangre lleva constantemente esta glucosa a nuestras células; pero la sangre no debe contener sino 1,24 gramos de glucosa por litro, aproximadamente.

También lo sabe el hígado; y ésa es, ni más ni menos, la cantidad que le va dando, como si la pesara en una balanza de precisión.

No hace sino obedecer órdenes que recibe de un centro nervioso situado en el piso del cuarto ventrículo del bulbo raquídeo.

A este centro, con el fin de que pueda regir el proceso glucogénico de nuestro organismo, afluyen todas las impresiones oportunas de la periferia: y de él parten después todas las órdenes. Dispone, para ello, de otros centros asociados y de un gran número de vías nerviosas y motoras de distintas procedencias y de muy variadas funciones, y rige una porción de procesos secretos y vasomotores.

La función es muy complicada y oscura, pero maravillosa.

Si el fisiologismo del hígado se altera, por una u otra causa, y hay exceso de glucosa en la sangre, el centro del bulbo avisa en seguida, por medio del gran simpático, al páncreas. Este, alarmado, segrega una hormona y la envía, o a la sangre o al hígado (que no se sabe), para que, detenido el exceso, se restablezca la glucemia normal.

Si esto no basta, entonces el centro del cuarto ventrículo pone en juego a otras glándulas de secreción interna, y al fin se comunica con los riñones, que, como un filtro, retienen y eliminan la parte nociva de ese hidrato de carbono, tan peligroso, entonces para nuestro organismo.

Si la glucemia fuera inferior a la normal, el cuarto ventrícuo avisa a otro centro del sistema simpático; éste excita a las glándulas suprarrenales, que vierten en la sangre un exceso de adrenalina, sustancia que fuerza al hígado a elevar la producción de glucosa.

c) ATENCIONES QUE EXIGE LA ACTIVIDAD MUSCULAR. Supongamos un trabajo muscular intenso: *un hombre corre,* por ejemplo.

Mientras más veloz vaya un automóvil o mientras más active una máquina su trabajo, más combustible necesita. Así nuestro organismo. Veamos el proceso:

1° Las células de la pierna y del pie necesitan combustibe, es decir, energía potencial, que ellas, con su bioquismo, movilizan para convetirla en energía actual.

2° Por medio de los nervios de la pierna, que hacen el oficio de un tendido telefónico, *las células piden glucosa* al centro nevioso del bulbo, que *cursa inmediatamente una orden* al hígago para que envíe más.

3° El hígado responde exigiendo vehículo para transportarla, pues la sangre no admite sino una cantidad fija por litro; y el único medio de mandar más glucosa a un tejido es hacer pasar por allí más sangre en el mismo tiempo.

4° *Otra orden del bulbo* al centro que rige todo el sistema circulatorio, y que está también en la médula oblongada, para *que dilate los vasos* de la pierna y cierre los

del aparato digestivo, por ejemplo, que entonces no necesitan tanta irrigación sanguínea.

5º El centro circulatorio ejecuta la orden y *van saliendo del hígado más saquitos,* glóbulos rojos, que se dirigen, repletos de glucosa, hacia las numerosas poblaciones de células de la pierna y del pie.

6º Pero el ejercicio muscular fuerte produce un aumento de sangre venosa que va a parar al corazón. Los nervios de la aurícula derecha dan la voz de alarma. Por eso el *sistema nevioso central* provoca en seguida *la aceleración* de los latidos cardíacos, y así se elimina el exceso peligroso de sangre venosa.

7º Nueva llamada de las células de la pierna; hay glucosa combustible en abundancia; ahora *hace falta comburente* y a la vez *refrigerante.*

Mientras más carbón se le echa a una máquina, más tiro de aire necesita y más refrigeración.

Las células piden *más oxigeno frío* para quemar la glucosa y contener la elevación de temperatura.

8º El cuarto ventrículo recibe el aviso y a su vez transmite otro al *centro respiratorio,* que se halla también en el bulbo.

9º Este se comunica con otros centros auxiliares del eje gris de la médula, en relación directa con los órganos de la respiración: envía oxígeno a las extremidades inferiores.

10º En efecto, *los pulmones empiezan a dilatarse* y contraerse con más frecuencia y, a través del epitelio pavimentoso de sus lobulillos, pasa el aire a los glóbulos rojos de la sangre, que *en menos de un segundo* descar-

gan el bióxido de carbono caliente que traen como residuo de la combustión de la glucosa, cargan oxígeno frío y se van.

2. La inteligencia que preside. Este es el sorprendente proceso glucogénico de nuestro organismo, descrito en términos vulgares y prescindiendo de otros pormenores y funciones secundarios. Aquí vemos:

1º Un orden complejísimo y dinámico.
2º Con una *finalidad objetiva* innegable.

Algo se busca, y para conseguirlo *se ponen en juego* los sistemas y aparatos más distintos del oganismo, con una habilidad, seguridad y rapidez impresionantes. Cada órgano, cada centro, cada nervio y cada célula:

1º Parecen *conocer* las necesidades presentes y futuras de todo el conjunto.

2º *Actuar de acuerdo* con ellas.

3º Y *movilizar* todas las piezas que se necesiten a fin de *asegurar el éxito* de la función.

Para que todas ellas actúen y se combinen tan maravillosa y oportunamente, es *absolutamente necesario* que sean presididas por *una inteligencia;* que no es la del hombre, ya que éste ignoró durante mucho tiempo la existencia del hígado.

Luego es la de Dios. Es decir, que *existe Dios.*

5. Otros casos de finalidad sapientísima

24. **I. El ojo y la luz.** Suele citarse, como maravilloso caso de correlación entra las causas para conseguir un

fin, la armonía del ojo con la luz, armonía que denota *un designio, y,* por tanto, *un pensamiento.*

El Dr. Barraque, famoso oftalmólogo de Barcelona, halló la misma longitud para las estrías de los bastoncitos retinianos y para las ondas estacionarias luminosas transmitidas al cerebro.

Esta capacidad misteriosa entre el ojo y la luz indica que el ojo no ve por una casualidad de las fuerzas ciegas, sino que está hecho para ver, y precisamente para ver con estas radiaciones luminosas y no con otras.

2. El Moisés de Miguel Angel. Los amigos de Miguel Angel, célebre escultor del Renacimiento, contemplaban asombrados el inmortal Moisés que aquél acababa de esculpir.

- ¿De dónde sacaste esta maravilla? - le preguntaron.

- Fui a Scravezza, me fijé en un bloque de mármol de aquellas canteras, lo traje a casa y resultó que dentro tenía al legislador de Israel.

Se sonrieron los amigos, persuadidos de que, sin el genio y la inspiración de Miguel Angel, aquel Moisés hubiera seguido hasta el fin del mundo sin salir de un tosco pedazo de piedra de las canteras de Saravezza. A ninguno se le ocurrió, ni por causalidad, que el concurso o, tal vez, la huída fortuíta de átomos estirara en el bloque aquella correlación de líneas que ha hecho del Moisés de Miguel Angel una de las obras maestras de la escultura universal.

Para tallar un Moisés frío y sin vida se necesitó ser un genio.

Pero ningún genio es capaz de esculpir a un hombre de carne y hueso con un mecanismo a propósito para respirar, ver y hablar; para pensar, y amar, y coordinar todos estos actos en la unidad de su conciencia; para componer *La divina comedia* o pintar la capilla Sixtina; para transmitir su idea y sus imágenes por radio y televisión.

Ningún genio es capaz de eso. Se necesita ser *Dios*.

"Yo no sé cómo fuisteis formados en mi seno -decía a sus hijos la madre de los Macabeos-, porque ni yo os di el alma y la vida ni fui tampoco la que coordiné vuestros miembros, sino el Creador del universo, que es el que formó al hombre en su origen y le que dio principio a todas las cosas" (2 Mac 7,22).

6. Conclusión

25. Resumamos todo lo dicho. Si no existe un *Creador* infinitamente sabio y poderoso, *el orden dinámico* que preside a todo el cosmos, desde las galaxias hasta la correlación funcional, se debe atribuir al azar. No hay solución intermedia.

Es así que el azar no *explica* de ningún modo este orden.

Luego *existe aquel Creador de sabiduría y poder infinito.*

El mundo, en una palabra, *es el resultado de una comprensión infinita.*

Por eso, la creencia en Dios pertence a las *funciones normales* de la inteligencia humana.

El ateo es un caso clínico, como el de uno que pierde la razón[1].

[1] Tihamer Toth, *Creo en Dios* (Madrid 1939) p. 127.

Porque admitir sólo el choque ciego de fuerzas naturales es aceptar una *inínteligencia más inteligente que la inteligencia misma.*

La incredulidad no consiste en no creer, sino en creer lo difícil antes que lo fácil[2].

II ARGUMENTOS COMPLEMENTARIOS

26. A través de las famosas *cinco vías* que acabamos de exponer en las páginas precedentes, la existencia de Dios aparece con toda evidencia y claridad para todo espíritu sereno y reflexivo. A pesar de haber sido atacadas furiosamente por los racionalistas incrédulos, permanecen, y seguirán permaneciendo, en pie mientras la razón humana no abdique de sus derechos imprescriptibles. Como dice muy bien el P. Sertillanges en unas palabras que hemos citado más arriba (cf. n.12) "si nada hay seguro, tampoco Dios es seguro; si nuestro pensamiento es puro espejismo..., Dios perecerá en el universal naufragio de la conciencia y de la razón; pero estas consecuencias absurdas- que se derivan lógicamente de la negación de la aptitud de la razón humana para conocer con toda seguridad y certeza- sólo puede satisfacer a un pequeño número de espíritus extravagantes o enfermizos".

2 José Mª Pemán, *San Pedro* (Cádiz 1933) p.20.

Además de los argumentos que hemos expuesto en el proceso de las cinco vías, existen otros muchos para probar o confirmar la existencia de Dios. Recogemos a continuación, en brevísimas síntesis, agunos de esos argumentos complementarios.

1º El consentimiento universal del género humano.

27. Escuchemos a Hillaire exponiendo con claridad y sencillez este argumento[1]:

"Todos los pueblos, cultos o bárbaros, en todas las zonas y en todos los tiempos, han admitido la existencia de un Ser supremo. Ahora bien, como es imposible que todos se hayan equivocado acerca de una verdad tan importante y tan contraria a las pasiones, debemos exclamar con la humanidad entera: *¡Creo en Dios!*.

Es indudable que los pueblos se han equivocado acerca de la naturaleza de Dios: unos han adorado a las piedres y a los animales, otros al sol. Muchos han atribuído a sus ídolos sus propias cualidades, buenas o malas: pero todos han reconocido la existencia de una divinidad a la que han tributado culto. Así lo demuestran los templos, los altares, los sacrificios, cuyos rastros se encuentran por doquier, tanto entre los pueblos antiguos como entre los modernos.

1 Cf. Hillaire, o.c. p.12-13.

"Echad una mirada sobre la superficie de la tierra -decía Plutarco, historiador de la antigüedad- y hallaréis ciudades sin murallas, sin letras, sin magistrados, pueblos sin casas, sin moneda; pero nadie ha visto jamás un pueblo sin Dios, sin sacerdotes, sin ritos, sin sacrificios..."

Un gran sabio moderno, Quatrefages, ha escrito: "Yo he buscado el ateísmo o la falta de creencia en Dios entre las razas humanas, desde las más inferiores hasta las más elevadas. El ateísmo no existe en ninguna parte, y todos los pueblos de la tierra, los salvajes de América como los negros de Africa, creen en la existencia de Dios.

Ahora bien, el consentimiento unánime de todos los hombres sobre un punto tan importante es necesariamente la expresión de la verdad. Porque ¿cuál sería la causa de ese consentimiento? *¿Los sacerdotes?* Al contrario, el origen del sacerdocio está en esa creencia de que existe un Dios, pues si el género humano no hubiera estado convencido de esa verdad, nadie habría soñado en consagrarse a su servicio, y los pueblos nunca hubieran elegido hombres para el culto.

- ¿Podrían ser la causa de tal creencia las *pasiones*? Las pasiones tienden más bien o borrar la idea de Dios, que las contraria y condena.

-*¿Los prejuicios?* Un prejuicio no se extiende a todos los tiempos, a todos los pueblos, a todos los hombres; pronto o tarde lo disipan la ciencia y el sentido común.

-*¿La ignorancia?* Los más grandes sabios han sido siempre los más fervorosos creyentes en Dios.

-*¿El temor?* No se teme lo que no existe: el temor de Dios prueba su existencia.

-*¿La política de los gobernantes?* Ningún príncipe ha decretado la existencia de Dios, antes al contrario, todos han querido confirmar sus leyes con la autoridad divina; esto es una prueba de que dicha autoridad era admitida por sus súbditos.

La creencia de todos los pueblos no puede tener su origen más que en *Dios mismo,* que se ha dado a conocer, desde el principio del mundo, a nuestros primeros padres, o en el *espectáculo del universo,* que demuestra la existencia de Dios, como un reloj demuestra la existencia de un relojero.

Frente a la humanidad entera, ¿qué pueden representar algunos ateos que se atreven a contradecir? El *Sentido común* los ha refutado; la causa está fallada. Es menester carecer de razón para creer tenerla contra todo el mundo. Antes que suponer que todo el mundo se equivoca, hay que creer que todo el mundo tiene razón.

2º El deseo natural de perfecta felicidad

28. Vamos a presentar el argumento en forma de proposiciones, que iremos demostrando una por una.

1º Consta con toda certeza que el corazón humano apetece la plena y perfecta felicidad con un deseo natural e innato.

Esta proposición es evidente para cualquier espíritu reflexivo. Consta, efectivamente, que todos los hombres del mundo aspiran a ser felices en el grado máximo posible. Nadie que esté en su sano juicio puede poner coto o

limitación alguna a la felicidad que quisiera alcanzar: cuanta más, mejor. La ausencia de un mínimum indispensable de felicidad puede arrojarnos en brazos de la desesperación; pero no podrá arrancarnos, sino que nos aumentará todavía más el deseo de la felicidad. El mismo suicida -decía Pascal- busca su propia felicidad al ahorcarse, ya que cree -aunque con trementa equivocación- que encontrará en la muerte el fin de sus dolores y marguras. Es, pues, un hecho indiscutible que todos los hombres aspiran a la máxima felicidad posible con un deseo fuerte, natural, espontáneo, innato; o sea, con un deseo que brota de las profundidades de la propia naturaleza humana.

2ª Consta también con toda certeza que un deseo propiamente natural e innato no puede ser vano, o sea, no puede recaer sobre un objetivo o finalidad inexistente o de imposible adquisición.

La razón es porque la naturaleza no hace nada en vano[2], todo tiene su finalidad y explicación. De lo contrario, ese deseo natural e innato, que es una realidad en todo el género humano, no tendría razón suficiente de ser, y es sabido que "nada existe ni puede existir sin razón suficiente de su existencia".

3ª Consta, finalmente, que el corazón humano no puede encontrar su perfecta felicidad más que en la posesión de un Bien Infinito. Luego existe el Bien Infinito al que llamamos Dios.

[2] Cf. Santo Tomás, *Contra gent. II 55.*

En otro lugar[3] hemos demostrado que el hombre no puede encontrar su plena felicidad en ninguno de los bienes creados en particular ni en la posesión conjunta y simultánea de todos ellos. Porque:

a) *No es posible poseerlos todos,* como es obvio y enseña claramente la experiencia universal. Nadie posee ni ha poseído jamás a la vez todos los bienes *externos* (riquezas, honores, fama, gloria, poder,), y todos los del cuerpo (salud, placeres), y todos los del alma (ciencia, virtud). Muchos de ellos son incompatibes entre sí y jamás pueden llegar a reunirse en un solo individuo.

b) *No serían suficientes,* aunque pudieran conseguirse todos, ya que no reúnen ninguna de las condiciones esenciales para la perfecta felicidad objetiva; son *bienes creados,* por consiguiente finitos e imperfectos; *no excluyen todos los males,* puesto que el mayor mal es carecer del Bien Infinito, aunque se posean todos los demás; *no sacian plenamente* el corazón del hombre, como consta por la experiencia popia y ajena; y, finalmente, son bienes *caducos y perecederos,* que se pierden fácilmente y desaparecerán del todo con la muerte. Es, pues, imposible que el hombre pueda encontrar en ellos su verdadera y plena felicidad.

Solamente un *Bien Infinito* puede llenar por completo las aspiraciones inmensas del corazón humano, satisfaciendo plenamente su apetito natural e innato de felicidad. Luego hay que concluir que ese Bien Infinito existe realmente, si no queremos incurrir en el absurdo de

[3] Cf. nuestra *Teología moral para seglares vol. I. 2ª ed.* (BAC, Madrid 1961) n. 18.22.

declarar vacío de sentido ese apetito natural e innato que experimenta absolutamente todo el género humano.

Advertencias. 1ª Ese apetito natural nos lleva a la existencia del *Bien Infinito,* que es su término natural. Pero no a la demostración de la *visión beatífica,* que es estrictamente sobrenatural y, por consiguiente, no existe hacia ella un apetito meramente natural, sino que brota únicamente del alma elevada por la gracia al orden sobrenatural.

2ª Ese apetito natural e innato del Bien Infinito prueba, por otra parte y en otro aspecto, la *inmortalidad del alma.* Porque no pudiendo satisfacer en este mundo ese apetito natural de ser plena y saciativamente feliz, es forzoso que pueda conseguirlo en la otra vida, sin miedo ni recelo de perderla jamás, a no ser que admitamos el absurdo de que Dios haya puesto en el corazón humano un deseo natural irrealizable, lo que repugna a su bondad y sabiduría infinitas.

3º La existencia de la ley moral

29. Escuchemos de nuevo a Hillaire exponiendo con precisión y brevedad este argumento[4]:

"La existencia de la ley moral prueba de una manera irrefragable la existencia de Dios.

Existe una ley moral, absoluta, universal, inmutable, que prescribe el bien, prohibe el mal y domina en la conciencia de todos los hombres. Cuando obedecen a esta

4 Cf. Hillaire, o.c., p.11-12.

ley, son felices; cuando la violan, sienten remordimientos.

Ahora bien, esta ley no puede dimanar sino de Dios, pues no hay ley sin legislador, como no hay efecto sin causa. Luego la existencia de la ley moral prueba la existencia de Dios.

El es el *legislador* supremo que impone a los hombres el deber de practicar el bien y evitar el mal; el *testigo* de todos nuestros actos; el *juez ineludible* que premia o castiga mediante las alegrías o los tormentos de la conciencia.

Nuestra conciencia nos dice: 1°, que existe una diferencia esencial entre el bien y el mal; 2°, que debemos hacer el bien y evitar el mal; 3°, que toda acción mala merece castigo, como toda acción buena merece galardón; 4°, esa conciencia se alegra y aprueba a sí misma cuando obra bien, y se entristece y condena a sí misma cuando obra mal. Hay, pues, en nosotros una ley moral naturalmente escrita en la conciencia.

¿De dónde proviene esta ley? No puede provenir sino de un legislador, puesto que no hay ley sin legislador, como no hay efecto sin causa. Esta ley moral, inmutable en sus principios, independiente de nuestra voluntad obligatoria para todos, no puede tener por autor sino a un ser superior a los hombres, es decir, a Dios.

Además, si no hay legislador, la ley moral no puede tener sanción alguna; puede ser impunemente quebrantada. Luego una de dos: o Dios es el autor de la ley moral, y entonces existe; o la ley moral no es más que una quimera, y, en tal caso, desaparece toda diferencia entre el

bien y el mal, el vicio y la virtud, la justicia y la tiranía, y la sociedad es imposible.

El *sentimiento íntimo* advierte a todos los hombres la existencia de Dios. Instintivamente, y de manera particular en las desgracias y en el peligro, dejamos escapar este grito: ¡Dios mío!... Es el grito de la naturaleza. "Dios - dice La-cordaire- es el más popular de todos los seres. El pobre le llama, el moribundo le invoca, el malvado le teme, el hombre honrado le bendice. No hay un lugar, no hay un momento, no hay una ocasión, no hay un sentimiento en el que Dios no aparezca y no sea nombrado...; la cólera cree no haber alcanzado su expresión suprema sino después de haber maldecido este nombre adorable, y la blasfemia es también el homenaje de una fe que se revela al olvidarse de sí misma". No se blasfema contra lo que no existe. La rabia de los malvados, como la creencia de los buenos, prueba la existencia de Dios.

4º La existencia de los milagros

30. El milagro es, por definición, un hecho sorprendente realizado a despecho de las leyes de la naturaleza, o sea, suspendiéndolas o anulándolas en un momento dado. Ahora bien: es evidente que sólo aquel que domine y tenga poder absoluto sobre esas leyes naturales puede suspenderlas o anularlas a su arbitrio. Luego existe un Ser que tiene ese poder soberano, a quien llamamos Dios.

No vamos a insistir aquí sobre la *posibilidad* y la *realidad* de los milagros. Esta demostración

tirene su lugar propio en la *Apologética* o *Teología fundamental*[5]. Los incrédulos se ríen de los milagros, cuya existencia y aun posibilidad se permiten negar en absoluto. Pero los hechos indiscutibles ahí están. Aparte de los milagros de Jesucristo que nos refieren los Evangelios -cuya autentícidad histórica no han podido desvirtuar los más apasionados esfuerzos de los racionalistas-, constan históricamente multitud de hechos milagrosos realizados por los santos en nombre y con la autoridad de Dios. En pleno siglo XX ahí están Lourdes y Fátima con multitud de hechos prodigiosos cuya sobrenaturalidad se ha visto obligada a proclamar la crítica científica más severa y exigente. La conclusión que de aquí se desprende no puede ser más lógica y sencilla: existen los milagros, luego existe Dios, único capaz de hacerlos.

Tales son los principales argumentos complementarios de los que ofrecen las famosas *cinco vías* para demostrar racionalmente la existencia de Dios. El conjunto de todos ellos tiene una fuerza demostrativa absolutamente indestructible.

Como dice muy bien el P. Garigou Lagragne:

5 Existen multitud de manuales donde se exponen ampliamente el valor del milagro y su fuerza probativa. Véase, por ejemplo, Zubizarreta, *Theología dogmática-scholastica* (Bilbao 1937), vol.I. n.125-147.

"Las pruebas de la existencia de Dios engendran una certeza no oral ni física, sino metafísica o absoluta. Es absolutamente *cierto* que Dios *existe,* que *el Ser más grande que se puede concebir existe realmente.* La negación de esta proposición entrañaría, en efecto, la negación del principio de causalidad, del principio de razón de ser y, en fin de cuentas, la negación del principio de no contradicción. El sistema hegeliano es la prueba histórica de ello: por haber querido negar la existencia del verdadero Dios trascendente, distinto del mundo, ha tenido que poner la contradicción en la raíz de todo. Es preciso escoger: Dios o el absurdo radical"[6].

ARTICULO 2

LO QUE NOS ENSEÑA LA FE

Además del testimonio irrefragable de la razón natural, tenemos sobre la existencia de Dios la certeza suprema de la fe, que supera infinitamente todas las certezas racionales. Dios mismo ha revelado al mundo su propia existencia.

A. Doctrina de la Iglesia.

31. Escuchemos en primer lugar la doctrina oficial de la Iglesia sobre la existencia de Dios proclamada en el concilio Vaticano I:

6 Cf. Garrigou Lagrange, O.P., *Dieu, son exisence et sanature* 3° ed. (París 1919), p.342.

"La Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana *cree y confiesa que hay un solo Dios verdadero y vivo,* creador y señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomprensible, infinito en su entendimiento y voluntad y en toda perfección; el cual, siendo una sustancia espiritual, singular, absolutamente simple e inconmutable, debe ser predicado como distinto de mundo, real y esencialmente, felicísimo en sí y de sí, e inefablemente excelso por encima de todo lo que fuera de El mismo existe o puede ser concebido"(D. 1782).

Esta doctrina quedó expresamente definida por el concilio en el siguiente canon:

"Si alguno negare al solo Dios verdadero, creador y señor de las cosas visibles e invisibles, sea anatema" (D. 1801).

Un poco más abajo el mismo concilio afirma que la existencia de Dios puede ser conocida *con certeza* por la simple razón natural, pero fue convenientísimo que Dios se revelara a sí mismo para *facilitar* su conocimiento a todos los hombres sin esfuerzo alguno. He aquí el texto de la declaración conciliar:

"La misma Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, *puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana* partiendo de las cosas creadas; porque "lo invisible de El, se ve, partiendo de la creación del mundo, entendido por medio de lo que ha sido hecho" (Rom. 1,20). Sin embargo,

plugo a su sabiduría y bondad *revelar al género humano por otro camino, y éste sobrenatual, a sí mismo y los decretos eternos de su voluntad,* como quiera que dice el Apóstol: "Habiendo Dios hablado antiguamente en muchas ocasiones y de muchos modos a nuestros padres por los profetas, últimamente, en estos mismos días, nos ha hablado a nosotros por su Hijo" (Hebr.I, 1-2).

A esta divina revelación hay ciertamente que atribuir que aquello que en las cosas divinas no es de suyo inaccesible a la razón humana, *pueda ser conocido por todos,* aun en la condición presente del género humano, *de modo fácil, con firme certeza y sin mezcla de error alguno.*

Sin embargo, no por ello ha de decirse que la revelación sea absolutamente necesaria, sino porque Dios, por su infinita bondad, ordenó al hombre a un fin sobrenatural, es decir, a participar bienes divinos que sobrepujan totalmente la inteligencia de la mente humana; pues a la verdad "ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ha experimentado el corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman" (I Cor 2,9) (D. 1785-1786).

El concilio definió esta doctrina en los siguientes cánones:

"Si alguno dijere que Dios vivo y verdadero, creador y señor nuestro, no puede ser conocido *con certeza* por la luz natural de la razón humana, por medio de las cosas que hansido hechas, sea anatema" (D. 1806).

"Si alguno dijere que no es posible o que no conviene que el hombre sea enseñado por medio de la revelación divina acerca de Dios y del culto que debe tributársele, sea anatema" (D. 1807).

Esta es la doctrina de la Iglesia acerca de la existencia de Dios y conveniencia de la divina revelación. Veamos ahora qué nos dice la misma divina revelación:

B. La revelación de Dios en la Sagrada Escritura

32. Es un hecho: Dios existe, puesto que se ha dignado hablar a los hombres. La palabra de Dios ha sido recogida por multitud de hagiógrafos[1] y reunida en un libro divino que lleva el nombre de *Biblia* (en latín *biblia* = libros) o también *Sagrada Escritura.* No es de este lugar la demostración de que la Biblia es un libro inspirado por Dios[2]. Dándolo por supuesto, vamos a recoger aquí algunos de los textos más impresionantes del Antiguo y Nuevo Testamento donde Dios se revela o manifiesta a sí mismo, directa o indirectamente.

a) Antiguo Testamento

"Tuvo (Jacob) un sueño. Veía una escala que, apoyándose sobre la tierra, tocaba con la cabeza en los cielos, y

1 Como es sabido, con la palabra *hagiógrafo* (que significa *escritor sacrado)* se designa a cualquiera de los autores materiales de la Sagrada Escritura (Moisés, Isaías, San Mateo, San Pablo, etc.), que escribieron bajo la inspiración directa e inmediata del Espíritu Santo.

2 Se demuestra con argumentos concluyentes en la *Introducción a la Sagrada Escritura.*

que por ella subían y bajaban los ángeles de Dios. Junto a él estaba Yavé, que le dijo: Yo soy Yavé, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra sobre la cuall estás acostado te la daré a ti a tu descendencia" (Gen. 28, 12-13).

"Dios le dijo (a Moisés): No te acerques. Quita las sandalias de tus pies, que el lugar en que estás es tierra santa, y añadió: Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob. Moisés se cubrió el rostro, pues temía mirar a Dios" (Ex. 3, 5-6).

"Moisés dijo a Dios: Pero si voy a los hijos de Israel y les digo: El Dios de vuetros padres me envía a vosotros, y me preguntan cuál es su nombre, ¿qué voy a responderles? Y Dios dijo a Moisés: Yo soy el que soy. Así responderás a los hijos de Israel: Yo soy me manda a vosotros" (Ex. 2,13-14).

"Y habló Dios todo esto, diciendo: Yo soy Yavé, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. No tendrás otro Dios que a mí" (Ex. 20, 1-3).

"Ved, pues, que soy yo, yo solo, y que no hay Dios alguno más que yo. Yo doy la vida, yo doy la muerte, yo hiero y yo sano. No hay nadie que se libre de mi mano" (Dt. 32,39).

Los textos podrían multiplicarse con gran abundancia.

b) Nuevo Testamento

San Pablo empieza su carta a los Hebreos con estas sublimes palabras:

“Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo; y que, siendo el esplendor de su gloria y la imagen de su sustancia, y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purufi-cación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebr.I,1-3)

Jesucristo, en efecto, afirmó su divinidad y la probó con estupendos milagros realizados por propia autoridad y con su propio poder. Recogemos a continuación algunos textos alusivos a su divinidad:

“El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios” (Lc 1,35).

“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Io 1,14).

“A Dios nadie le vio jamás; Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, ése nos lo ha dado a conocer” (Io 1,18).

“Pero Jesús callaba, y el pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo, di si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios. Díjole Jesús: Tú lo has dicho” (Mt. 26,63-64).

"El Padre y yo somos una misma cosa" (Io 10,30).

"Y El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Tomando la palabra Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús, respondiendo, dijo: Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos" (Mt 16,15-17).

"Respondió Jesús: En verdad os digo: Antes que Abraham naciese, era yo" (Io 8,58).

"Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo existiese" (Io 17,5).

"Estas cosas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (Io 20,31).

"Cuyos son los patriarcas, y de quienes según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén" (Rom 9,5).

Como se ve por estos y otros muchos testimonios del Nuevo Testamento que podríamos citar, Jesucristo es el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre, que se ha dignado venir a la tierra para hablarnos directamente con el lenguaje de los hombres.

Artículo 3

CUESTIONES COMPLEMENTARIAS

Vamos a plantear, en torno a este capítulo de la existencia de Dios, dos cuestiones complementa-

rias. En la primera examinaremos si son compatibles simultáneamente en una misma inteligencia la ciencia y la fe en la existencia de Dios. En la segunda plantearemos el problema del ateísmo y sus causas.

A. Ciencia y fe simultáneas

33. Tratamos de averiguar si son compatibles en una misma inteligencia el conocimiento científico de una verdad obtenida por demostración racional y la fe en esa misma verdad aceptada por el testimonio de Dios o de los hombres., Concretándonos a la existencia de Dios, tratamos de averiguar si puede tener fe en esa existencia el que *ha visto claro,* por demostración racional, que Dios existe realmente.

Santo Tomás se plantea expresamente la cuestión en sus términos generales y contesta negativamente: no puede darse simultáneamente ciencia y fe acerca de una misma cosa. La razón, clarísima, es porque la ciencia es *visión* intelectual de la cosa, y la fe es esencialmente *no-visión.* Lo que se ve no se cee, y lo que se cree no se ve. Por eso, cuando lleguemos al cielo y contemplemos la esencia divina, perderemos automáticamente la fe, al quedar sustituída por la visión. Son, pues, cosas incompatibles la ciencia y la fe *simultáneas*

en un mismo sujeto acerca de una misma verdad, aunque pueden *sucederse* la una a la otra[1].

Sin embargo, no debe deducirse de aquí que los que conocen por demostración racional alguna de las verdades *naturales* que Dios se ha dignado revelar para facilitarnos su conocimiento (v. gr., la propia existencia de Dios como *uno*) sufren algún detrimento en la pureza de su fe. Porque conservan el hábito de la fe para todas las demás verdades *naturales* reveladas por Dios que no conozcan por demostración racional y, sobre todo, para todas las verdades *sobrenaturales,* que superan con mucho a la razón natural y son, por lo mismo, indemostrables por ella. Y aun con relación a las mismas verdades *naturales* que conocen por demostración científica puede decirse que conservan de alguna manera la fe, en cuanto que, además de verlas con su razón natural, asienten a ellas por la autoridad de Dios que las revela y seguirían creyendo en ellas *por la fe* aunque su razón se oscureciera y dejaran de verlas con su luz puramente natural.

B. El ateísmo y sus causas

34. I. Noción y división. *El ateísmo* consiste

[1] Cf. II-II, 1,5

en la negación radical de la existencia de Dios. *Ateo* (del griego= sin Dios) es el hombre que ignora o se niega a aceptar la existencia del Ser Supremo y que, por lo mismo, no practica religión alguna.

Hay dos clases de ateos: teóricos y prácticos.

a) TEORÍCOS son los que desconocen o niegan a Dios en el plano de las ideas. Este ateísmo se subdivide en dos clares: *teórico-negtivo,* si coincide con la simple ignorancia de la existencia de Dios; *y teórico-positivo,* si niega la doctrina de la existencia de Dios que proclaman los demás hombres y pretende demostrar lo contrario.

b) PRÁCTICOS son aquellos ateos que,. aunque conocen en teoría la existencia de Dios, viven prácticamente como si Dios no existiese, o sea, sin tener para nada en cuenta la ley de Dios en su conducta práctica.

35. 2. Modos de conocer a Dios. Antes de precisar si pueden darse ateos *teóricos* (positivos o negativos) conviene recordar que a Dios se le puede conocer de dos maneras.

a) COMO AUTOR DE LA NATURALEZA, y en este sentido se puede llegar a su conocimiento por vía de demostración a la luz de la razón natural.

b) COMO AUTOR DEL ORDEN SOBRENATURAL, de la gracia y de la gloria, y en este sentido sólo puede ser conocido por vía de revelación sobrenatural.

3 Conclusiones. Teniendo en cuenta todo esto, vamos a precisar la doctrina sobre las diferentes clases de ateísmo en unas sencillas conclusiones.

Conclusión 1ª. Existen de hecho muchísimos ateos prácticos, no sólo entre los paganos, sino incluso entre los cristianos.

36. Es un hecho tristísimo que no necesita demostración. Basta abrir los ojos para ver en cualquier parte del mundo muchedumbres inmensas de hombres que viven prácticamente como si Dios no existiese. Preocupados únicamente por las cosas de la tierra, absorbidos por sus negocios temporales o entregados desenfrenadamente a los vicios y placeres, viven como si Dios no existiese, completamente de espaldas a las exigencias de su ley santísima. Muchos de ellos -la inmensa mayoría- no niegan teóricamente la existencia de Dios, pero viven de hecho como si Dios no existiera. Son, sencillamente, ateos *prácticos,* aunque no lo sean teóricos, de ellos decía el apóstol San Pablo:

"Alardean de conocer a Dios, pero con las obras le niegan; abominables, rebeldes e incapaces de toda obra buena" (Tit I,16).

Y en otro lugar:

"Son muchos los que andan, de quienes frecuentemente os dije, y ahora con lágrimas os lo digo, que son enemigos de la cruz de Cristo. El término de ésos será la perdición; su Dios es el vientre, y la confusión será la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas" (Phil 3,18-19).

En este último texto recoge San Pablo una de las razones principales del ateísmo práctico, como veremos más abajo al examinar sus causas.

Conclusión 2ª. Existen muchísimos ateos teóricos-negativos que ignoran a Dios como autor del orden sobrenatural.

37. Como hemos recordado hace un momento, para conocer a Dios como autor del orden sobrenatural es indispensable la divina revelación. Con las solas fuerzas de la razón natural podemos llegar a demostrar la existencia de Dios en cuanto *creador del orden natural,* pero nada podemos alcanzar del orden sobrenatural (verbigracia, del misterio de la Santísima Trinidad, de la gracia y la gloria, etc.), que está mil veces por encima del orden natural, trascendiéndole infinitamente.

Es el caso de millones de paganos a los que no ha llegado todavía la luz del Evangelio. Conocen a Dios como autor de la Naturaleza y muchos de

ellos le adoran y sirven a su manera, pero le ignoran totalmente como autor del orden sobrenatural de la gracia y de la gloria. Como es sabido, esta infidelidad puramente *negativa*, fruto de la ignorancia, es compatible con la salvación eterna si están de buena fe en su error y se esfuerzan en cumplir los preceptos de la ley natural *con ayuda de la gracia divina,* que Dios no niega a ningún hombre de buena voluntad: "Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lc. 2,14).

Conclusión 3ª. No existen ni pueden existir ateos teórico-negativos convencidos, que ignoren la existencia de Dios como autor del orden natural, al menos por largo tiempo.

38. La razón es porque la existencia de Dios como autor del orden *natural* se impone de una manera tan clara para todos los hombres, que hace falta estar completamente ciego para no verla brillar en la hermosura y orden admirable de la naturaleza, en la inmensidad de una noche estrellada, etc.; aparte de que en cualquier parte del mundo y en cualquier religión pueden los hombres contemplar multitud de cosas que les hablan forzosamente de Dios; templos, ritos religiosos, respeto a los muertos, etc. No es posible, por consiguiente, permanecer -al menos durante mucho tiempo- en la

completa ignorancia de la existencia de Dios como autor del orden *natural.*

Escuchemos a un teólogo contemporáneo exponiendo estas ideas[1]:

"En lo que concierne al ateísmo *negativo*, la mayor parte de los teólogos convienen en afirmar que la ignorancia completa de Dios no puede darse en un ser humano que tenga plena conciencia de sí mismo. Según esta opinión, una idea cualquiera acerca de un "Tu" sobrehumano se impone con tal espontaneidad y viveza al pensamiento sano y recto, que no habrá jamás un hombre plenamente consciente de sí mismo e ignorante a la vez de que Dios exista, por muy imperfectas que sean las representaciones en las que Dios aparezca.

La razón de ello radica en que el hombre, en lo más íntimo de su ser, tiene afinidad con Dios, de suerte que esta estructura íntima de su propia esencia ha de serle conocida de algún modo, por lo menos a manera de presentimiento.

Efectivamente, según los testimonios que aporta la historia de las religiones, hasta ahora no pudo encontrarse un pueblo que no creyera en Dios o en dioses. Este hecho prueba con cierta seguridad que, de no impedirlo a la fuerza, el conocimiento de Dios es inseparable de la conciencia que el hombre tiene de sí mismo".

Conclusión 4ª Es imposible que existan verdaderos ateos teóricos positivos, o sea, hombres que estén fir-

[1] Cf. Michael Schmaus, *Teología Dogmática* t.I. (Madrid 1960) p..218

mente convencidos por argumentos positivos de que Dios no existe.

39. La razón es porque es imposible que el error encuentre argumentos valederos contra la verdad. La existencia de Dios como autor del orden natual está demostradísima, con argumentos irrebatibles, por la simple razón natural; y, por si algo faltara, tenemos el testimonio infalible del mismo Dios, que se ha dignado revelarnos su propia existencia, incluso como autor del orden sobrenatural.

Es un hecho que existen infinidad de sistemas filosóficos ateos, o sea que prescinden de Dios en su especulación y lo excluyen positivamente en su deseo; pero de ahí no se sigue que sus patrocinadores sean efectivamente ateos por *convicción.* Una cosa es la doctrina que se proclama teóricamente -aunque sea con mucha fuerza y entusiasmo- y otra muy distinta la convicción íntima que de ella se pueda tener. No hay ningún filósofo *idealista* que esté tan convencido de que las cosas exteriores son pura ilusión de la mente -como proclama su sistema- que no eche a correr al ver a un toro que se acerca impetuosamente contra él.

40. 4. Causas del ateísmo. Al examinar a continuación las principales *causas del ateísmo* encontraremos la explicación o el porqué de tantos

sistemas ateos como han aparecido en el mundo en todas las épocas de la historia de la filosofía.

Como acabamos de ver, el ateísmo no puede tener causa *racional* alguna. Pero tiene, en cambio, muchas causas de índole práctica y *efectiva.* Vamos a recordar algunas de las más importantes[2].

1ª EL PREDOMINIO DE LAS PASIONES BAJAS. Es una de las causas más frecuentes y eficaces del ateísmo. El hombre que se entrega desenfrenadamente a sus instintos bajos y que, al sentir el reproche de su propia conciencia, *que actúa como pregonera de Dios,* se siente impotente para liberarse de su esclavitud pasional, llega un momento en que se rebela contra esa conciencia y ese Dios que no le dejan vivir en paz. Se esforzará por todos los medios a su alcance en convecerse a sí mismo de que Dios no existe, y, en su desesperación por no encontrar argumentos convincentes que le lleven a la negación teórica de Dios, le negará al menos en la práctica, hundiéndose cada vez más en el fango e inmundicia de sus vicios y pecados. Con razón decía La Bruyère: "Yo quisiera ver a un hombre sobrio, moderado, casto y justo negando la existencia de Dios. Ese hombre,

2 Cf. Schmaus, L.c., p. 22lss.

por lo menos, hablaría desinteresadamente; pero un hombre así no se encuentra en ninguna parte".

Es un hecho indiscutible que la policía resulta molesta a los malhechores. Por eso un hombre tan poco sospechoso de fanatismo religioso como Juan Jacobo Rousseau pudo escribir estas juiciosas palabras: "Mantened vuestra alma en estado de desear que Dios exista, y no dudaréis nunca de El". Y antes que Rousseau había dicho ya Bacón de Verulam: "Nadie niega la existencia de Dios sino aquel a quien conviene que no exista".

2ª EL ORGULLO Y EL ODIO. Escuchemos a Schmaus exponiendo esta otra causa del ateísmo[3]:

"El orgullo se encierra en sí mismo, y fuera de sí mismo no reconoce ninguna clase de valor. Es más, como él afirma, al bastarse a sí mismo no necesita de esos valores. Cree que Dios, cuyos mandatos debe reconocer el hombre, es un peligro que amenaza la libertad y grandeza humanas. Recaba para sí una especie de grandeza divina. En este sentido afirma Bakunin que Dios, aun en el caso de que existiera, debería ser destruído. Nietzsche, en idéntico sentido, decía: "¿Cómo podría yo tolerar no ser Dios en caso de que hubiera dioses?. Por consiguiente, los dioses no existen". La misma vida de Nietzsche pone de manifiesto cómo la actitud orgullosa puede llegar a adquirir una influencia fatal sobre el hombre. Nietzsche continúa: "Yo saqué la con-

3 L.c. p. 223-224

clusión, y ahora es ella la que me arrastra". La autodivinización del hombre incapaz de tolerar la existencia de Dios se encarna en el superhombre creado por Nietzsche, ser a quien se le atribuyen todas las opiniones que según la fe del creyente corresponderían sólo a Dios. Muchas formas de la filosofía existencial, no obstante hablar de trascendencia, niegan la existencia de Dios vivo porque Dios limita la libertad e independencia del hombre.

¡EL ODIO, la otra actitud hostil a Dios, es la respuesta que el corazón humano, egoísta y enfrascado en el mal, da a la santidad y superioridad de Dios. Como Dios es en todo radicalmente distinto al hombre, se presenta ante éste imponiendo exigencias y obligaciones y constituye un motivo de profundo desasosiego para el hombre que vive en un estado de autonomía exagerado, que cree bastarse a sí mismo, que se aísla herméticamente y niega cuanto no sea él mismo. Así surge un sentimiento de malestar que puede llegar a convertirse en repugnancia y aun hasta en odio absoluto. El odio es una reacción original contra la santidad personal de Dios, un acto de rebeldía contra El, algo egocéntrico y placentero. El grado supremo de su desarrollo lo constituye esa forma de vida a la que llamamos infierno. El odio consumado por el hombre en su peregrinación es precursor de esa rebelión consumada y satánica, propia del infierno. El hombre, obcecado por el odio, queda incapacitado para percibir dentro de la Historia los valores divinos. El odio a Dios es más intenso que cualquier otra forma que pueda darse al odio, ya que va dirigido contra un valor que es infinitamente superior a todo otro valor. Dios es para el

hombre el más impotante valor personal, a la par que es el valor más próximo. Por ello, para rechazar a Dios, el hombre ha de hacer esfuerzos mucho mayores que los que haría para rechazar cualquier otro tipo de valor.

Cuanto acabamos de decir conserva su validez en lo que concierne a la época histórica nacida en Cristo. Porque Dios, por decirlo así, hostiga al hombre en Cristo, y el hombre, que ahora quiere desentenderse de este Dios que se revela y aproxima a nosotros en Cristo, tiene que esforzarse mucho más que el incrédulo de los tiempos anteriores al cristianismo. De ahí resulta que el odio a Dios en la era cristiana presenta un grado de especial intensidad, ni conocido ni aun siquiera posible en los tiempos precristianos.

3ª LA ORIENTACIÓN MATERIALISTA DE LA VIDA MODERNA. Estamos en la época de la técnica y del progreso material. La grandeza de los hombres y la de las naciones se mide casi exclusivamente por su fuerza económica o por su poderío militar. A los grandes problemas del corazón y de la inteligencia se les concede menos importancia que a disparar una bomba de cien megatones o a colocar un cohete en Marte. El hombre, esclavizado por la técnica, ha perdido de vista el panorama soberano de sus destinos eternos. Se deja arrastrar, casi inconscientemente, por el ambiente materialista que se respira en todas partes. Vivir: he ahí el único ideal de la gran mayoría de los

hombres. Vivir, se entiende, la vida de acá abajo, la de allá arriba, ante la majestad de Dios, ni siquiera se la plantean. El resultado de tamaña inconsciencia es un ateísmo práctico, lleno de indiferencia y frialdad ante el problema teórico de la existencia de Dios, y, por consiguiente, ante el problema del más allá.

Tales son las principales causas del ateísmo. Como se ve, ninguna de ellas tiene su raíz en la inteligencia, sino únicamente en el corazón dominado por las pasiones, por el orgullo y el odio, o por la corriente materialista de la época moderna.

INDICE

Existencia de Dios 3
Cap. I.- Si es de evidencia inmediata 5
1.- Estado de la cuestión 5
2.- Opiniones 6
3.- Doctrina católica 7
Cap. II.- Si puede demostrarse 10
Cap. III.- Demostración de la existencia de Dios . . .16
Art. 1.- Lo que nos dice la razón 20
I. Las cinco vías de Santo Tomás 20
Primera vía: El movimiento 20
Segunda vía: La causalidad eficiente 27
Tercera vía: La contingencia de los seres 33
Cuarta vía:Los distintos grados de perfección 38
Quinta vía: La finalidad y orden del universo 40
II.- Argumentos complementarios 66
1.- El consentimiento universal del género humano 67
2.- El deseo natural de perfecta felicidad 69
3.- La existencia de la ley moral 73
4.- La existencia de los milagros 74
Art. 2.- Lo que nos enseña la fe 76
A.- Doctrina de la Iglesia 76
B.- La revelación de Dios en la Sagrada Escritura .79
Art. 4.- Cuestiones complementarias 82
A.- Ciencia y fe simultáneas 83
B.- El ateismo y sus causas 84